

Pensar

Epistemología y Ciencias Sociales

Nro. 8 | 2013

ISSN N°: 1852-4702



DIRECTORES:

Diego A. Mauro
Gustavo M. Cardozo

EDITORES CIENTÍFICOS:

Leonardo Simonetta
Horacio M. H. Zapata

SECRETARÍA TÉCNICA DE REDACCIÓN:

María Liz Mansilla

COMITÉ EDITORIAL:

Trilce I. Castillo
Miguel Saigo
Hernán A. Uliana
Leonardo Simonetta
Horacio M. H. Zapata
María Liz Mansilla
Diego A. Mauro
Gustavo M. Cardozo

DISEÑO DE PORTADA:

Pablo Pompa Lares

Cómo citar este artículo:

Ricardo Terriles y Ernesto Schivelband. **En torno al estatuto de verdad del discurso de Laclau: del realismo al “real-ismo” epistemológico.** En revista *Pensar. Epistemología y Ciencias Sociales*, N° 8, Editorial Acceso Libre, Rosario, 2013.

Disponible en la World Wide Web:

<http://revistapensar.org/index.php/pensar/issue/view/8/showToc>

EN TORNO AL ESTATUTO DE VERDAD DEL DISCURSO DE LACLAU: DEL REALISMO AL “REAL-ISMO” EPISTEMOLÓGICO¹

Ricardo Terriles*
Ernesto Schtivelband**

Resumen:

En *Hegemonía y estrategia socialista*, Laclau y Mouffe justifican la validez de su intervención en contraste con las limitaciones de la teorización marxista. Plantean que para el momento de gestación del libro se advertía una gran distancia entre las realidades del capitalismo contemporáneo y los esquemas empleados por el marxismo para poder pensarlas. Será esa necesidad de *adecuación* la que va a generar la transición del marxismo al posmarxismo. Frente a estos planteos, nos preguntamos: ¿cuál es el estatuto de ese enfoque que se propone como “más adecuado”? Más aún, ¿en qué sentido puede sostener la noción de “adecuación” un discurso teórico que, en multitud de aspectos, es incompatible con dicha noción tal cual se la piensa en el campo epistemológico?

A partir de esta problematización, nuestro trabajo se propone un examen epistemológico de la producción teórica de Laclau. Nuestra indagación recurrirá, entre otros enfoques, al psicoanálisis lacaniano, en un intento por esclarecer qué tipo de relación es la que establece Laclau entre teoría y experiencia. En esta dirección focalizaremos la atención en la distinción entre “la realidad” y “lo Real” como uno de los aspectos centrales de la orientación epistemológica que subyace en la obra de Laclau.

Palabras clave: Laclau, posmarxismo, teoría y experiencia, epistemología

Abstract

In *Hegemony and Socialist Strategy*, Laclau and Mouffe justify the validity of its intervention in contrast to the limitations of Marxist theorizing. They argue that by the time they were writing their book, a gap could be noticed between the realities of contemporary capitalism and Marxism schemes to think about them. The need of adjustment will generate the transition from Marxism to post-Marxism. Faced with these statements, we ask: what is the status of the proposed approach as "more suitable"? Moreover, in what sense can support the notion of "adequacy" a theoretical discourse that, in many respects, is inconsistent with this notion as it is admitted in the epistemological field? From this problematization, our work proposes an epistemological examination of Laclau's theoretical production. Our inquiry seek, among other approaches, Lacanian psychoanalysis, in an attempt to clarify what kind of relationship Laclau establishes Laclau between theory and experience. In this direction we will focus our attention on the distinction between "reality" and "Real" as one of the central aspects of the epistemological orientation underlying the work of Laclau.

Key words: Laclau, post-Marxism, theory and experience, epistemology

¹ Este artículo retoma, con variaciones, nuestra comunicación para las II Jornadas Marxismo y Psicoanálisis “Espectros de Althusser: Diálogos y debates en torno a un campo problemático”, que tuvieron lugar en la Biblioteca Nacional en Noviembre 2011.

*Licenciado en Ciencias de la Comunicación (FCS-UBA) y maestrando en Análisis del Discurso (FFyL-UBA). Es investigador en el IIGG (FCS-UBA), formando actualmente parte del Proyecto UBACyT “Figuras de la subjetividad política en la Argentina contemporánea (2001-2015). Un aporte desde el análisis de la producción social de las significaciones”, dirigido por Sergio Caletti. Email: rterriles@gmail.com

** Licenciado en Ciencias de la Comunicación (FCS-UBA) y maestrando en Investigación en Ciencias Sociales (FCS-UBA). Es investigador en el IIGG (FCS-UBA), formando actualmente parte del Proyecto UBACyT “Figuras de la subjetividad política en la Argentina contemporánea (2001-2015). Un aporte desde el análisis de la producción social de las significaciones”, dirigido por Sergio Caletti. Email: eschtivel@yahoo.com.ar

Introducción

En los últimos tiempos, tanto la obra como la figura de Ernesto Laclau son convocadas recurrentemente para echar luz sobre los avatares de la actualidad política argentina y latinoamericana. Sin entrar en la complejidad de las dinámicas de reconocimiento y legitimación de los discursos en el seno de la vida social, nos encontramos con el hecho de que la producción teórica de Laclau aparece como garantía de sus intervenciones, asumiéndose así,² tácitamente, que dicha teoría es *adecuada* para explicar e interpretar los fenómenos políticos del momento.

Se sabe que hablar de la adecuación de una teoría remite, en última instancia, al valor de verdad de la misma. Ante ello, nos preguntamos: ¿en qué sentido puede sostenerse la “adecuación” de un discurso teórico que, en multitud de aspectos, es incompatible con dicha noción tal cual se la suele pensar en el campo epistemológico? A partir de esta cuestión, nuestro trabajo se propone un examen epistemológico de la obra de Laclau.

Nuestra indagación procede situando los desarrollos de Laclau en su pasaje del marxismo al posmarxismo, y considera el peso de la deconstrucción en dicha transformación. Por otra parte, tomamos en cuenta los aportes del psicoanálisis lacaniano –incluso en los contrapuntos que han podido surgir entre Laclau y representantes de esa corriente– en tanto que entendemos que es desde dicha perspectiva que se plantean las cuestiones más relevantes en torno al estatuto del realismo.

Cabe señalar que nuestro propósito no es el de dar una visión acabada y “cerrada” de la obra de Laclau a la luz de una reflexión epistemológica, sino la de abrir una perspectiva de reflexión que atienda a la compleja interacción entre los desarrollos “cuasi-trascendentales” de Laclau y sus probables apropiaciones en el campo de las ciencias sociales.

Marxismo y cientificidad

Para examinar el recorrido teórico de Laclau desde una perspectiva atenta a su estatuto epistemológico, nos parece necesario comenzar con sus trabajos más cercanos al marxismo. Nuestra tarea, en ese sentido, consistirá en dar cuenta de los rasgos que permitan establecer relaciones de continuidad y ruptura con el resto de su producción teórica.

En *Política e ideología en la teoría marxista* (1980 [1977]), Laclau se muestra convencido de la cientificidad del marxismo y de su capacidad para desarrollarse en tanto que teoría. En ese horizonte se sitúa su intervención, orientada a establecer una *teoría de la articulación*, cuyo esbozo presenta en la introducción del libro.³ Allí, Laclau remite al mito platónico de la caverna como antecedente de su reflexión, rescatando el gesto de ruptura que deslinda a la *doxa* de la *episteme*.

Ahora bien, Laclau advierte que, en la evolución posterior del pensamiento occidental, hubo un movimiento tendencial hacia la construcción de una ilusión opuesta, “la suposición de que, más allá del discurso de sentido común, los conceptos separados de cualquier articulación connotativa podían, por el mero despliegue de sus virtualidades lógicas, reconstruir el conjunto de la realidad” (1980: 3). Laclau ve en ese decurso la manifestación de una “ambición racionalista” que, de Platón a Hegel, se propone subsumir lo real bajo el concepto.

Frente a esta posición, Laclau se pregunta si no es posible –y asumiendo una “perspectiva científica” (1980: 4)– emprender la tarea de “purificar” los conceptos del sentido común (lo que desde la perspectiva marxista es provocar un corte con el discurso ideológico) pero afirmando a la vez la imposibilidad de rearticularlos en “conjuntos paradigmáticos necesarios”, vale decir,

² Valga señalar que la asunción anónima del sentido común tiene un anclaje posible en ciertas afirmaciones de Laclau. Abordamos esta cuestión más adelante.

³ No nos detendremos aquí en una exposición de la teoría de la articulación de Laclau. Valga no obstante señalar que – como se verá en el transcurso de la exposición –, en más de un aspecto, el horizonte teórico de la articulación es un rasgo de continuidad en la producción teórica de Laclau.

reconociendo que las categorías teóricas no describen esencias, sino que son construcciones eminentemente relacionales que deben contrastarse con lo concreto de las coyunturas.

Como ya venimos señalando, Laclau entiende que esta tarea –la de la práctica teórica– se inscribe en el campo de la cientificidad, y que en el campo del marxismo había condiciones favorables para su desarrollo. En ese sentido, Laclau valoriza algunos desarrollos contemporáneos a su trabajo:

La práctica teórica ha sido en gran medida dificultada por los dos obstáculos que hemos mencionado: la articulación connotativa de los conceptos en el nivel del sentido común y su articulación racionalista en paradigmas esenciales. Los ensayos que integran este volumen han sido escritos en la convicción de que estos obstáculos se han combinado para crear un estado de cosas insatisfactorio para la teoría marxista. También han sido escritos en la convicción de que el pensamiento marxista más reciente, de Della Volpe a Althusser, ha comenzado a crear las condiciones para una lectura científica del marxismo que nos permitirá superar esta situación crítica (1980: 5).

El reconocimiento de la labor de Althusser no está, por cierto, exento de críticas (en particular, con relación a la teoría althusseriana de la ideología). No obstante, Laclau parece acercarse bastante al planteo epistemológico del filósofo francés:

Debemos señalar (...) que la práctica teórica se desenvuelve exclusivamente en el plano del pensamiento. Según Althusser ha señalado, el proceso del conocimiento no comienza con objetos reales –como el empirismo supone–, sino con conceptos, informaciones e ideas provistas por las diferentes prácticas: científica, ideológica, técnica, etcétera. Estos conceptos son transformados por la práctica teórica en objetos del conocimiento que son, en cuanto tales, distintos de los objetos reales. Frente al punto de vista empirista, según el cual el conocimiento parte de lo concreto y se eleva a proposiciones generales a través de un proceso de abstracción/generalización, aceptamos la perspectiva epistemológica según la cual el conocimiento es conocimientos de los objetos reales, pero tiene lugar en su totalidad en el plano del pensamiento y se mueve de lo abstracto a lo concreto. Este “concreto” no es, sin embargo, el concreto real, sino el concreto de pensamiento, para usar la expresión de Althusser (1980: 64).

Como podemos advertir en este breve repaso, la posición asumida por Laclau se inscribe en un contexto de renovación del discurso marxista: la «práctica teórica» (la noción es de Althusser) es una práctica rigurosa guiada por principios epistemológicos que garantizan su cientificidad. Pero, se sabe, el marxismo no se agota en esa práctica teórica, sino que la supone unida a la práctica política.

Laclau, consecuente con esta tradición, entiende que la renovación teórica –que implica criticar las formulaciones anteriores de la teoría– ha de atender a las condiciones concretas en las que la acción política tiene lugar. Así, por ejemplo, su crítica al reduccionismo de clase remite tanto a una cuestión epistemológica como a una cuestión política:

El abandono de la caverna platónica del reduccionismo de clase exige, en la actualidad, una creciente formalización teórica de las categorías marxistas, que rompa a la vez con las articulaciones connotativas del discurso político y con la postulación de relaciones paradigmáticas entre los conceptos. Este esfuerzo, a su vez, sólo puede tener efectos beneficiosos para la práctica política socialista en una época en que el proletariado debe abandonar toda estrecha perspectiva de clase y presentarse como fuerza hegemónica a las vastas masas que buscan una reorientación política radical en la etapa de declinación mundial del capitalismo. Este es el campo en el que el marxismo de las dos últimas décadas ha realizado innegables avances, y es a esta tarea a la que los ensayos que aquí presentamos intentan hacer una modesta contribución (1980: 7-8).

Señalamos al principio de este apartado que nuestro examen de los trabajos tempranos de Laclau se orientaba a establecer relaciones de ruptura y continuidad en su producción teórica. Sin duda en este primer momento de su obra es clara aún la preocupación por sostener su inscripción dentro de lo que podíamos denominar la tradición marxista. Sin embargo, son evidentes también las distancias con el marxismo clásico, en la búsqueda de nuevas respuestas que conciernen a la relación entre la práctica científica, la práctica política y las implicancias epistemológicas que esto supone. Como veremos luego, será en su producción posterior donde este distanciamiento devendrá ruptura, en la formulación de una teoría que se presenta despreocupada por su inscripción en el marxismo tradicional.

La transición al posmarxismo: ¿una nueva ontología?

En el “Prefacio a la segunda edición en español” de *Hegemonía y estrategia socialista* (2010 [1985]), Laclau y Mouffe justifican la validez de su intervención en contraste con las limitaciones de la teorización marxista: “en la mitad de los años sesenta, la teorización marxista había llegado, claramente a un punto muerto. Después de un período excepcionalmente rico y creativo en los años sesenta (...) los límites de esa expansión comenzaban a ser claramente visibles”. Así, los autores plantean que para el momento de gestación de su libro, se advertía “un hiato creciente entre las realidades del capitalismo contemporáneo y lo que el marxismo podía legítimamente subsumir bajo sus propias categorías” (2010: 8).

Ahora bien, ¿en qué consiste ese “hiato”? Laclau aclara en *Nuevas reflexiones...* que las categorías del marxismo habían perdido su potencial heurístico para explicar y entender las realidades del capitalismo contemporáneo, así como la capacidad para predecir y dirigir la praxis humana. Frente a esta situación se trataba, entonces, de “hacer compatibles las transformaciones producidas en la realidad histórica con los esquemas que permitan pensarlas”.⁴ Será esa necesidad de adecuación la que va a generar la transición del marxismo al posmarxismo: recordando un planteo de Althusser sobre el vínculo entre ciencia y filosofía, Laclau y Mouffe afirman: “Todo cambio sustancial en el contenido óptico de un campo de investigación conduce también a un nuevo paradigma ontológico” (2010: 10). En consecuencia, se postula que hay que deconstruir las categorías centrales de la teoría marxista, constituidas en el marco de los paradigmas que gobernaron el campo de su discursividad: el hegeliano en primer lugar y el naturalista más tarde.

Detengámonos un instante a considerar estos dos momentos. En el artículo “Posmarxismo sin pedido de disculpas” (2000 [1990]) Laclau y Mouffe realizan una elucidación de la forma en que idealismo y materialismo se oponen conceptualmente: “lo que en verdad distingue al idealismo del materialismo es su afirmación del carácter en última instancia conceptual de lo real; por ejemplo, en Hegel, la afirmación de que todo lo real es racional” (2000: 121). En ese sentido, son enfáticos al afirmar que “Marx permanece claramente dentro del campo idealista –es decir, dentro de la afirmación final de la racionalidad de lo real”, porque lo que es idealista en él es la afirmación de que “hay una ley final de movimiento de la historia que puede ser conceptualmente aprehendida” (2000: 122).

De todos modos, Laclau y Mouffe reconocen en Marx un claro movimiento por apartarse del idealismo al haber mostrado “que la reproducción material de la sociedad es también una parte de las totalidades discursivas que determinan el sentido de las formas más ‘sublimes’ de la vida política e intelectual” (2000: 125). Sin embargo, un movimiento en la dirección del materialismo –

⁴ Casi no resulta necesario mencionar que las reformulaciones de estos autores se inscriben en cierto aire de época que supone la revisión de supuestos que habían operado con cierta productividad hasta algunas décadas antes. En ese sentido, podríamos decir que, el giro lingüístico, la deconstrucción derrideana o el psicoanálisis lacaniano, van a estar presentes en distintos pensamientos contemporáneos.

advierten— no puede implicar solamente la afirmación de la existencia de un mundo externo al pensamiento, ya que este “realismo” es absolutamente compatible con el idealismo, es decir: con la aceptación de la dicotomía entre “un campo objetivo construido al margen de toda intervención discursiva y un ‘discurso’ constituido en la pura expresión del pensamiento” (2010: 147).

Lo que no niegan Laclau y Mouffe es que el “materialismo” de Marx está ligado a un racionalismo radical que postula que “las ideas no constituyen un mundo cerrado y autogenerado, sino que están enraizadas en el conjunto de las condiciones materiales de la sociedad” (2000: 125). En tal caso, el mérito de Marx sería haber mostrado que “el sentido de toda realidad humana se deriva de un mundo de relaciones sociales mucho más vasto que lo que anteriormente se había percibido” (2000: 127). Pese ello, los autores ven este avance sólo como un momento de transición que debe ser profundizado, dado que Marx “concibió a esta lógica relacional que liga a las varias esferas en términos claramente esencialistas o idealistas” (2000: 125).

De esta manera, el pasaje del marxismo al posmarxismo está marcado por la necesidad de profundización del momento relacional que Marx, pensando desde una ontología fundamentalmente esencialista y objetivista, no podía desarrollar más allá de cierto punto, lo cual abre las puertas a la formulación de un nuevo paradigma ontológico.

Ahora bien, ¿en qué consiste ese nuevo paradigma que les va a permitir fundar el enfoque desarrollado en *Hegemonía...* (es decir, un enfoque más adecuado a los problemas contemporáneos que el que ofrece la teoría marxista)?

En primer lugar, podríamos decir que se trata de un paradigma que hace posibles ciertas relaciones entre objetos que serían inadmisibles dentro de un paradigma fisicalista o naturalista. Fundamentalmente la tarea que enfrentan los autores es la de “constituir teóricamente el concepto de hegemonía”, y esta tarea supone “un campo teórico dominado por la categoría de *articulación*”: con esto se quiere decir que la hegemonía, en tanto forma específica de articulación, depende conceptualmente de esta última.

Laclau y Mouffe especifican que la construcción de la categoría de articulación requiere dos pasos: “fundar la posibilidad de especificar los elementos que entran en la relación articuladora y determinar la especificidad del momento relacional en que la articulación como tal consiste”. ¿Cómo tienen que ser esos elementos para que una relación de articulación resulte posible? En “Postmarxismo...” los autores establecerán una distinción entre el “ser” de los objetos y su mera “existencia”: “los objetos nunca se dan como meras ‘existencias’ sino siempre articulados dentro de totalidades discursivas” (2000, 123). Cabe destacar que no conciben ese carácter relacional como exclusivo de las identidades lingüísticas sino que —trascendiendo la distinción entre lo lingüístico y lo extralingüístico— lo postulan para todas las estructuras significativas, incluyendo las estructuras sociales. Así, el campo de las relaciones sociales es comprendido —a partir de la perspectiva abierta por Saussure— como un espacio discursivo, es decir, un sistema de diferencias en el que las identidades lingüísticas son puramente relacionales y donde la totalidad de la lengua está implicada en cada acto individual de significación.

Señalemos aquí que si “la lógica relacional y diferencial de la totalidad discursiva se impusiera sin limitación alguna” (2010: 150), la articulación sería imposible. Bastará mostrar —como lo ha hecho el posestructuralismo— la imposibilidad lógica de constituir un sistema cerrado, para que una identidad (vale decir, el “ser”, no la “existencia” de los objetos) resulte inestable. Esto es lo que permite rechazar la existencia de una esencia fija en las cosas y, por lo tanto, afirmar el carácter contingente de toda entidad cuya esencia no implica necesariamente su existencia: “Toda práctica social es, por tanto, en una de sus dimensiones, articuladora, ya que al no ser el momento interno de una totalidad autodefinida, no puede ser puramente la expresión de algo adquirido —no puede, en consecuencia, ser íntegramente subsumida bajo el principio de repetición— sino que consiste siempre en la construcción de nuevas diferencias” (2010: 154). Se ve así como el modelo de realidad que proponen Laclau y Mouffe se opone radicalmente al modelo de realidad del naturalismo: “Los hombres construyen socialmente su mundo, y es a través de esta construcción —siempre precaria e incompleta— que ellos dan a las cosas su ser” (2000: 124).

Esto ya permite ver sobre qué terreno ontológico podría llevarse a cabo tal construcción. Como indica Yannis Stavrakakis en su comentario sobre la obra de Laclau (2010), su enfoque no se agota en un construccionismo destinado simplemente a exponer la condición discursiva de la objetividad social, sino que apunta a demostrar que ninguna construcción humana puede establecerse de manera definitiva, que siempre hay algo que frustra cualquier intento de alcanzar un orden social perfectamente instituido. Esta “frustración constitutiva” es abordada por Laclau y Mouffe en referencia a los “límites del discurso”, a los que asocian con la idea de “la imposibilidad de lo social”. Estos límites constituyen la condición de posibilidad de un sistema significativo, pero también la condición de su imposibilidad: “no pueden ser ellos mismos significados, sino que tienen que mostrarse a sí mismos como *interrupción* o *quiebra* del proceso de significación” (LACLAU, 1996: 71). Esto supone que hay un punto donde toda objetividad encuentra su límite absoluto: una exterioridad radical que es requerida para la constitución del sistema, pero que a la vez, cumple esa función planteando una amenaza que niega a todas las diferencias interiores a ese sistema. Esta subversión del sistema por sus límites hace a todas esas diferencias equivalentes entre sí, de modo que:

(...) anulan toda positividad del objeto y dan una existencia real a la negatividad en cuanto tal. Esta imposibilidad de lo real –la negatividad– ha logrado una forma de presencia. Es porque lo social está penetrado por la negatividad –es decir, por el antagonismo– que no logra el estatus de la transparencia, de la presencia plena, y que la objetividad de sus identidades es permanentemente subvertida (LACLAU y MOUFFE, 2010: 172).

Si la negatividad y la objetividad coexisten solamente a través de su subversión recíproca, esto implica que nunca se logran las condiciones de una equivalencia total ni las de una objetividad diferencial total. De esta manera, Laclau y Mouffe están en condiciones de formular el terreno en el cual la relación hegemónica resulta posible: “El campo general de emergencia de la hegemonía es el de las prácticas articuladoras, es decir, un campo en el que los “elementos” no han cristalizado en “momentos”. (...) Es porque la hegemonía supone el carácter incompleto y abierto de lo social, que sólo puede constituirse en un campo dominado por prácticas articuladoras” (2010: 177-8).

Consecuencias de la deconstrucción del marxismo

En su comentario sobre Derrida, Maurizio Ferraris señala que, mientras que en la “Introducción” a *El origen de la geometría* de Husserl, Derrida se plantea una cuestión epistemológica –en la formulación de Ferraris, “¿en qué medida el signo es constitutivo de la verdad?”–, ya en *La voz y el fenómeno* (que también es un trabajo sobre Husserl) el planteo derrideano es de orden ontológico: “¿en qué medida el signo es constitutivo de la presencia?” (FERRARIS, 2006: 36).

Entendemos, por lo que hemos expuesto en el apartado anterior, que un movimiento análogo se produce en las elaboraciones de Laclau, que, como sabemos, son tributarias de los planteos de la deconstrucción. En ese sentido, “La imposibilidad de la sociedad” (publicado originalmente en 1983) es no solo un claro ejemplo del aporte de Derrida al nuevo aparato conceptual de Laclau,⁵ sino también la constancia de un desplazamiento entre una posición epistemológica que apuesta a la rectificación constante de la teoría marxista y una posición crítica de los fundamentos ontológicos de dicha teoría.

Repasemos sintéticamente el artículo: por medio de una lectura deconstructiva que señala los límites de la empresa estructuralista –dentro de la cual cabría considerar al althusserianismo–,

⁵ Para la elaboración de este apartado hemos retomado algunos planteos de nuestro trabajo “Ideología, discurso, subjetividad: la reconfiguración de la problemática de la ideología en la obra de Ernesto Laclau” (LOS AUTORES, 2008).

Laclau desemboca en el abandono de la concepción topográfica de lo social, esto es, la concepción que sostiene que toda totalidad social se hace inteligible en términos de la distinción base/superestructura. El modo en que Laclau llega a esta conclusión parecería difuminar la distinción entre el objeto en tanto que construcción con vías al conocimiento y el “objeto” en tanto esencia inmanente. Así, la noción de “totalidad social” se ve cuestionada por la afirmación de una “infinitud de lo social”:

(...) esta totalidad operaba como principio subyacente de inteligibilidad del orden social. El estatuto de esta totalidad era el de una esencia del orden social que era preciso reconocer por detrás de las variaciones empíricas expresadas en la superficie de la vida social. (...) Frente a esta visión esencialista, hoy día tendemos a aceptar la infinitud de lo social, es decir, el hecho de que todo sistema estructural es limitado, que está rodeado siempre por un “exceso de sentido” que él es incapaz de dominar y que, en consecuencia, la “sociedad” como objeto unitario e inteligible que funda sus procesos parciales, es una imposibilidad (LACLAU, 2000: 104).

Esta nueva posición, crítica del marxismo, pareciera haber “olvidado” el momento de más cercanía con el althusserianismo (el momento en el que la palabra “ciencia” o “científico” podía aparecer sin reticencia en el discurso de Laclau). Ahora bien, la fuerte valorización de lo contingente, de la “apertura”, etc., ¿no hace pensar también que Laclau cuestiona la posibilidad misma de las ciencias sociales? Más aún: ¿qué imagen de las ciencias sociales se hace Laclau en su nuevo movimiento teórico? ¿Le resulta posible seguir leyendo al marxismo en clave de *caso ejemplar*?

En primer lugar convendría asumir que, entre otras cuestiones de peso, la tradición marxista plantea un dilema a la hora de considerarla como ejemplo de ciencias sociales, en tanto que una de las apuestas del discurso marxista consiste en la “unión de teoría y práctica”: se trata de una teoría con pretensión científica, productora de un conocimiento que de algún modo –más o menos complejo– orienta la práctica política. Así, del examen “científico” de la sociedad se pueden extraer consecuencias políticas (en el sentido de ser la base de toma de decisiones, de estrategias, etc.).

¿Cómo resuelve esta imbricación el posmarxismo? Consideremos primeramente cómo ha tratado de sostenerse el discurso marxista ante los embates de la crítica. Una primera posición –que pareciera ser la de algunas agrupaciones marxistas de la actualidad– considera inapropiado cuestionar la científicidad del marxismo y mantiene, entonces, su validez como guía de la práctica política. Una segunda posición sería la de no ceder en la vocación de científicidad, pero reconociendo la necesidad de reformular el marxismo para que siga orientando la práctica política, lo que puede haber sido el proyecto inacabado de Althusser.

Podría pensarse que, ante esas posiciones, la del posmarxismo se plantea abandonar toda pretensión científica y sostener la práctica política en una filosofía de-construida (una filosofía que cuestiona al fundamento esencial), lo que pareciera ser la opción de Laclau. Sin embargo, entendemos que, si bien la diferencia crucial entre marxismo y posmarxismo pasa estrictamente por el posfundacionalismo de este último,⁶ esto no implica que, en Laclau, se postule el abandono de toda pretensión científica.

En su comentario sobre Laclau, Oliver Marchart (en CRITCHLEY y MARCHART, 2008) propone una lectura en esta dirección, resaltando el papel de la ciencia en relación con la filosofía y la teoría/práctica política en la obra de Laclau:

Si bien no es un “filósofo en sentido estricto” (aunque regularmente se embarca en argumentaciones filosóficas y trabaja con la tradición filosófica), no obstante hay en su obra un momento “estrictamente filosófico”, un momento de radicalidad relacionado con el pensamiento de la diferencia ontológica como diferencia. ¿Por qué es importante reconocer

⁶ Siguiendo los planteos de Marchart (2009: 25-8) consideramos a Laclau en el horizonte posfundacional.

esto? Porque afecta el estatus de las otras dos dimensiones de su obra (además de la dimensión filosófica): la ciencia y la “práctica” política y su respectiva teoría (2008: 95).

En ese sentido, la pregunta que nos venimos haciendo es absolutamente lícita: ¿cuál es el estatuto de esa dimensión científica en el discurso de Laclau?, y el rodeo por “lo estrictamente filosófico”, inevitable para poder responderla. Al respecto Laclau plantea que “la tarea de cualquier ‘teorización de mediano alcance’ que parta de una ontología discursiva es volver a describir el nivel óntico según las distinciones propuestas por esa ontología” (LACLAU en CRITCHLEY y MARCHART, 2008: 399).

Asumamos entonces que la “unión de teoría y práctica” perdura en Laclau y pensemos las *diferencias*: mientras que el marxismo relativamente temprano se sostenía en una elaboración científica positivista, el posmarxismo parte de cuestionar ese planteo *en el plano epistemológico* (la deconstrucción de las categorías de los marxismos de fines de siglo XIX y principios de siglo XX va en esa dirección) pero dando a entender, a la vez, que dicho cuestionamiento *supone una nueva ontología*.⁷ Como vimos, el cuestionamiento epistemológico del positivismo puede simbolizarse en las frases “la sociedad no existe”, “la imposibilidad de la sociedad” o, “la ‘sociedad’ no es un objeto legítimo de discurso”, lo cual es, además, un modo de deconstruir la ontología que subyace a esa tradición.

Acaso Laclau cuestione toda teoría científico social que pretenda la predicción y que otorgue un peso desmedido a las determinaciones. Se puede admitir que no podemos predecir la dinámica de la lucha política, pero, ¿no hay ciertas condiciones que sí podemos conocer? En *Nuevas reflexiones*, Laclau señala:

(...) si queremos intervenir en la historia de nuestro tiempo y no hacerlo ciegamente, debemos esclarecer en la medida de lo posible el sentido de las luchas en las que participamos y de los cambios que están teniendo lugar ante nuestros ojos. Es necesario, por consiguiente, templar nuevamente las ‘armas de la crítica’. La realidad histórica a partir de la cual el proyecto socialista hoy es reformulado es muy diferente de aquella de hace tan sólo unas pocas décadas, y sólo cumpliremos con nuestra obligación de socialistas y de intelectuales si somos plenamente conscientes de estos cambios y persistimos en el esfuerzo de extraer todas sus consecuencias al nivel de la teoría (2000: 111).

Se ve así como el planteo de pensar al posmarxismo disgregando la “unión de teoría y práctica” resultaría erróneo. Si hay que marcar continuidades entre marxismo y “posmarxismo”, una de ellas es la de que el posmarxismo se sigue pensando como “unión de teoría y práctica”. Queda pendiente aún determinar cuál es el estatuto epistemológico de esa teoría, problema que está en relación directa con la posibilidad de las ciencias sociales; examinar esa cuestión es el objetivo del próximo apartado.

La perspectiva teórica de *Hegemonía*... El problema del metalenguaje. “Real-ismo” epistemológico.

Laclau y Mouffe consideran que la perspectiva teórica desarrollada en *Hegemonía y estrategia socialista* constituye un enfoque “más adecuado” a los problemas contemporáneos que las categorías del marxismo: “la mayor parte de lo que ha ocurrido desde entonces ha seguido de cerca el camino sugerido en nuestro libro” (2010: 7). Inclusive, piensan que su perspectiva resulta “más adecuada” que otros enfoques contemporáneos, como los que han “acompañado a menudo las

⁷ Se entiende, por lo demás, que esa “nueva ontología” es crítica de todo fundacionalismo (al respecto, ver los trabajos de Marchart).

discusiones recientes sobre la subjetividad política, sobre la democracia y sobre las derivas y las consecuencias políticas de una economía globalizada” (2010: 8).

Frente a estos planteos, nos preguntamos: ¿cuál es el estatuto de ese enfoque que se propone como “más adecuado”? Más aún, ¿en qué sentido puede sostener la noción de “adecuación” un discurso teórico que, en multitud de aspectos, es incompatible con dicha noción tal cual se la piensa en el campo epistemológico? De acuerdo con la perspectiva sostenida por Laclau, la verdad sobre el ser de los objetos se constituye dentro de un contexto teórico y discursivo: “sería absurdo preguntarse si, fuera de toda teoría científica, la estructura atómica es el ‘verdadero ser’ de la materia –la respuesta será que la teoría atómica es un modo de clasificar ciertos objetos, pero que estos están abiertos a diferentes formas de conceptualización que puedan surgir en el futuro” (LACLAU, 2000: 119).

En efecto, como las formas de conceptualización son construidas, no podemos decir que dichas formas reflejen la “realidad”, sino que –a lo sumo– permiten clasificar ciertos objetos de un determinado modo: “el desarrollo de la epistemología contemporánea ha establecido que no hay ningún hecho cuyo sentido pueda ser leído transparentemente. La crítica de Popper al verificacionismo ha mostrado que no hay garantías de que ese hecho no pueda ser explicado de un modo más adecuado –es decir, determinado en su sentido– por una teoría posterior y más comprensiva. (...) Y lo que es válido para las teorías científicas también se aplica a los lenguajes cotidianos que clasifican y organizan los objetos” (LACLAU, 2000: 117).

Desde este punto de vista, ¿qué es lo que permitiría distinguir –y llegado el caso, decidir– entre la forma de conceptualización utilizada por Laclau y otras configuraciones discursivas o “juegos de lenguaje”, como las denominara Wittgenstein? Es decir, si las construcciones que hace la ciencia son todas “juegos de lenguaje”, ¿qué es lo que hace “más adecuada” una que otra? Y también: si el acceso a la realidad está siempre mediado lingüísticamente, ¿qué es lo que permite distinguir a las construcciones que hace la ciencia de los juegos de lenguaje cotidianos?

Si, como decíamos, el paradigma ontológico en el que Laclau fundamenta su perspectiva asume que el acceso a la realidad está siempre mediado lingüísticamente, el enfoque “más adecuado” para conocer la realidad ya no será aquel postule la objetividad de lo social como una esencia inmutable, sino el que advierta la pérdida del anclaje objetivo y natural del sentido. Como expresa Stavrakakis (2010), hoy en día este punto de vista (el construccionismo social) es hegemónico en el campo de las ciencias sociales. En consecuencia, cuando Laclau menciona los enfoques que considera “inadecuados”, indudablemente no se está refiriendo a los que creen posible un acceso no mediado discursivamente a las cosas mismas, sino a los que, como el suyo, también adoptan una u otra forma de mediación discursiva.

Sin embargo, antes de avanzar demasiado sobre esta cuestión, existe un problema previo a considerar: si aceptamos que lo que las cosas son es una cuestión de significación y, en ese sentido, que toda ontología es siempre una construcción, ¿qué podemos decir acerca de la diferencia entre ontología y epistemología en Laclau?, ¿no parece subsumir ambas bajo el proceso general de la significación y, de ese modo, tiende a producir una borradora entre objeto real y objeto de conocimiento, ya que ambos serían construcciones de lenguaje? Aquí debemos traer a colación la cuestión del metalenguaje: ¿es posible asumir una posición metalingüística? Laclau afirma en *Hegemonía...* que es en el posestructuralismo donde encuentra su principal fuente de referencia teórica, y menciona dentro del campo posestructuralista la influencia de la deconstrucción y la teoría lacaniana como decisivas en la formación de su enfoque acerca de la hegemonía.⁸

Ahora bien, si pensamos la cuestión del metalenguaje desde la deconstrucción derrideana diríamos en principio que no es posible asumir una posición metalingüística. Sin embargo, Slavoj Žižek complejiza el asunto y plantea en el capítulo “¿Cuál sujeto de lo real?” del *Sublime objeto de la ideología* (1992) que el posestructuralismo, a pesar de que sostiene que “no hay metalenguaje”

⁸ Coincidimos con Žižek (1992: 201-2) en que Laclau se apresura al incluir a Lacan dentro del posestructuralismo, como veremos en el transcurso de este trabajo.

argumentando “qué ningún enunciado puede decir precisamente lo que se proponía decir; que el proceso de enunciación siempre subvierte el enunciado”, termina manteniendo la brecha entre lenguaje y metalenguaje:

¿Cómo dejar de reconocer en el celo apasionado con el que el posestructuralista insiste en que todo texto, el suyo incluido, está atrapado en una ambigüedad fundamental e inundado por la ‘diseminación’ del proceso intertextual, los signos de una denegación (en el sentido freudiano de Verneinung), un reconocimiento apenas encubierto del hecho de que uno habla desde una posición a salvo, una posición que no está amenazada por el proceso textual descentrado? (1992: 203).

Contrariamente –agrega–, es Lacan con sus enunciados “imposibles” el que verdaderamente impide la asunción de una posición metalingüística:

El metalenguaje no es sólo una entidad Imaginaria. Es Real en el estricto sentido lacaniano – es decir, es imposible ocupar la posición de aquel. Pero, Lacan agrega, es más difícil aún simplemente eludirlo. No se puede alcanzar pero tampoco evadir. Por ello la única manera de eludir lo Real es producir un enunciado de puro metalenguaje que, por su patente absurdo, materialice su propia imposibilidad: a saber, un elemento paradójico que, en su misma identidad, encarne la otredad absoluta, la hendidura irreparable que hace imposible ocupar una posición de metalenguaje (1992: 205).

En este punto nos preguntamos dos cosas: la primera, ¿en que medida influyeron la deconstrucción y la teoría lacaniana en la obra de Laclau?; segundo, si con Lacan no es posible asumir una posición metalingüística, ¿cómo distinguir objeto real de objeto de conocimiento?

Sobre la primera cuestión, consideramos que en Laclau se manifiesta una tensión entre aportes de la deconstrucción y la teoría lacaniana.⁹ Žižek, en “Más allá del análisis del discurso” (en LACLAU, 2000) lo señala cuando destaca como el “real logro” del libro el haber desarrollado el concepto de “antagonismo social” a pesar de concebir “aún al sujeto de un modo característicamente posestructuralista”. ¿En que consiste el logro que señala Žižek? Dice:

(...) lejos de reducir toda la realidad a una suerte de juego de lenguaje, el campo socio-simbólico es concebido como estructurado en torno de una cierta traumática imposibilidad, en torno de una fisura que no puede ser simbolizada. En breve, Laclau y Mouffe han reinventado, por así decirlo, la noción de lo real como imposible, ellos han transformado a este último en una herramienta útil para el análisis social e ideológico (en LACLAU, 2000: 257).

De modo tal que, retomando el segundo interrogante, nos preguntamos a su vez: ¿cómo es posible que pese a la imposibilidad de asumir una posición metalingüística (imposibilidad asumida tanto por Derrida como por Lacan), Laclau y Mouffe hayan construido “una herramienta útil para el análisis social e ideológico”? ¿Por dónde pasa la diferencia entre la construcción que hacen Laclau y Mouffe y otros “juegos de lenguaje”, ya sean las construcciones sociales de la realidad o la construcción del saber que realiza el discurso científico?

De acuerdo con el punto de vista de Stavrakakis, el psicoanálisis constituye un terreno privilegiado desde el cual es posible reflexionar en términos epistemológicos sobre la posibilidad de

⁹ Por ejemplo, el breve artículo “Psicoanálisis y marxismo” –original de 1986– muestra la convergencia de vocabularios. Podemos decir que está escrito desde una perspectiva deconstructiva, pero señala qué cosas pueden tomarse del psicoanálisis (y se trata del psicoanálisis lacaniano): se hace alusión a la “falta” y a la “lógica del significante”, pero no hay referencias precisas y, fundamentalmente, no se establece ninguna conexión entre dislocación y lo real, que posteriormente Laclau tiende a relacionar.

captar “el hueso de lo real” (STAVRAKAKIS, 2010). Acá hay una diferencia importante con la posición posestructuralista, ya que para la deconstrucción, lo que las cosas son es una cuestión de significación (lo que Laclau, como vimos, reivindica), y en ese sentido, no existe margen para pensar en la existencia de una realidad por fuera del proceso general de significación (lo que también reivindica). La teoría lacaniana sí permitiría pensar los límites que dividen lo discursivo de lo extradiscursivo y, de esa manera, se abriría una alternativa para restablecer la distinción entre objeto real de objeto de conocimiento (aún manteniendo, como lo hace Lacan, la idea de que “no hay metalenguaje”).

Ahora bien, como advierte Žižek en *El sublime objeto de la ideología* (1992) “debemos tener en cuenta el carácter paradójico del Real lacaniano”, al que se considera usualmente “como un núcleo duro que resiste a la simbolización” (1992: 211). Y aquí nos tropezamos con otro problema, ya que si antes se corría el riesgo de borrar la distinción entre teoría y experiencia, ahora el riesgo parece ser el opuesto, es decir, caer en la cuenta de que es una tarea imposible simbolizar lo real de la experiencia.

Frente a esta disyuntiva, lo que va a decir Stavrakakis es que “aunque nunca podemos simbolizar plenamente lo real de la experiencia en sí, es posible delinear (incluso de forma metafórica) los límites que impone a la significación y la representación, los límites que impone a nuestras teorías” (2010: 31). De esta manera plantea que las construcciones científicas más adecuadas para describir fenómenos son aquellas que “involucran un intento de cercar lo real, de trazar sus límites” (2010: 31). En contraposición –señala–, el discurso de la ciencia suele dedicarse a la representación y explicación de lo que denomina el campo de la experiencia *banal* (la *realidad*, cuyo acceso es siempre simbólico/imaginario), excluyendo “la instancia desestabilizadora de lo real” (2010: 26). De esta manera, el discurso científico convencional, al pretender representar “lo que las cosas son” (aún asumiendo que “lo que las cosas son” es una cuestión de significación), incurre en lo que denomina “una simbolización fantasmática”, es decir, intenta “macerar lo real de la experiencia y eliminar de una vez y para siempre su causalidad estructural” (2010: 29).

Ahora estamos en condiciones de retomar la pregunta que había quedado pendiente (¿qué es lo que hace más adecuada una construcción que otra?). En (2010), Stavrakakis retoma el trabajo de Katherine Hayles, quien sostiene que no todas las construcciones comparten la misma validez: el encuentro con lo real puede conducir a rechazar algunas construcciones a favor de otras. Según su argumento, la supervivencia y atractivo hegemónico de una teoría consistiría en su capacidad para aplazar el encuentro con lo real; es decir, la representación de la realidad en el nivel de la construcción teórica va a resultar válida hasta el momento en que lo real logre alterarla y cambiarla.

Ahora bien, ¿no consiste este enfoque en una especie de “popperismo”? Después de todo, la crítica popperiana al verificacionismo ha demostrado que no se puede alcanzar la verdad sobre los hechos, y que el juego de la ciencia consiste básicamente en la formulación de conjeturas y la búsqueda de contraejemplos para refutarlas. Sin embargo, la postura de Popper supone aún –como correlato de una ontología naturalista¹⁰– la presencia de algún tipo de realismo epistemológico, es decir, la aceptación de la realidad como horizonte último de los enunciados científicos. Por el contrario, el “real-ismo” lacaniano, al postular una falta ontológica insalvable, una brecha entre la realidad constituida simbólicamente y lo Real, frustra todo intento de alcanzar una representación exhaustiva del mundo.

De este modo, proponemos que el enfoque de Laclau no sería “más adecuado” en el sentido realista clásico de representar adecuadamente la realidad, sino que sería “real-ista” (el neologismo es de Stavrakakis), en el sentido que ese real no es algo representable sino exactamente lo opuesto: el imposible que disloca la realidad desde adentro (y vuelve inválidas ciertas construcciones).

Hemos venido viendo como para Laclau, la transición del marxismo al posmarxismo implica no sólo un cambio a nivel óptico, sino también a nivel ontológico. Ahora estamos en condiciones de

¹⁰ Si bien muestra, como plantea Federico Schuster, “el germen que llevará a las convicciones postempiristas” (SCHUSTER: 2002, 35).

añadir que, este punto de vista “real-ista” se perfila como resultado de ese proceso; es decir, un paradigma que postula el carácter relacional, histórico, contingente y construido del ser de los objetos, a diferencia de otros enfoques construccionistas, resulta absolutamente extraño a cualquier realismo epistemológico. En consecuencia, la asunción de una perspectiva “real-ista” permitiría afirmar, como correlato de la inexistencia de la sociedad, que “la ciencia tampoco existe”.¹¹ Así, los objetos que el análisis laclausiano explora en su teorización también “están abiertos a diferentes formas de conceptualización que puedan surgir en el futuro”.

No obstante estas consideraciones, expondremos en el próximo apartado algunas observaciones críticas formuladas por Stavrakakis, que ponen en cuestión el alcance del “real-ismo” epistemológico de Laclau.

Críticas a la concepción laclausiana de discurso. La “abstracción real”.

Retomemos el problema de la aparente borradura entre objeto real y objeto de conocimiento. Sostuvimos que esta cuestión podía ser resuelta a partir de la incorporación de la distinción entre “la realidad” y “lo Real” formulada por Lacan a partir de los años ’70,¹² como uno de los aspectos centrales de la orientación epistemológica que subyace en la obra de Laclau a partir de *Hegemonía y estrategia socialista* (y algunos textos de *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* que son anteriores, como “La imposibilidad de la sociedad”).

Ahora bien, en el pasaje del marxismo al postmarxismo, que comienza con un apoyo más fuerte en la teoría deconstructivista, y luego se va acercando al psicoanálisis, más que una borradura, encontramos –como dijimos más arriba– cierta tirantez entre los supuestos provenientes de la deconstrucción (el rechazo de la distinción entre lo discursivo y lo no discursivo) y los supuestos de la teoría lacaniana (especialmente la idea de lo real como imposible, que influyó en el desarrollo del concepto de “antagonismo”). Las críticas de autores como Stavrakakis o Jason Glynos coinciden en señalar los límites de la adopción de Lacan por parte de Laclau, apuntando a esta tensión no resuelta,¹³ expresada fundamentalmente a través de lo que consideran una concepción “omnímoda” de discurso. Así, en *La izquierda lacaniana*, Stavrakakis plantea lo que denomina “el problema (epistemológico) del *antes*”: “¿Cómo es posible hablar del *antes* de la representación? No cabe duda de que hay un ‘antes’ presimbólico, extradiscursivo” (2010: 114). Sin embargo, para este autor, Laclau no teoriza “con nitidez y exactitud” la distinción entre lo simbólico y lo real, dejando lo extradiscursivo fuera del campo de reflexión.¹⁴

Ahora bien, si esto fuera así, se estaría produciendo efectivamente un solapamiento entre objeto real y objeto de conocimiento y, en consecuencia, nuestro argumento acerca del punto de vista “real-ista” que adjudicamos a Laclau se vería seriamente cuestionado.

¹¹ Sin embargo, a pesar de la “creciente y generalizada conciencia de los límites” (LACLAU: 2000: 19), Laclau no asume una posición nihilista; más bien ve en la crisis de la razón nuevas posibilidades para el conocimiento y la práctica política. Al final de la presentación de *Nuevas reflexiones...* expresa: “si al fin de este ensayo el lector comprende por qué lo que en él se intenta es imposible, escribirlo habrá sido útil de todos modos” (LACLAU, 2000: 21).

¹² De acuerdo con Schejtman, podemos entender la oposición entre real y realidad en el sentido de que nuestra realidad “comporta como tal una serie de mediaciones imaginarias y simbólicas que no están allí más que para vedarnos el acceso a ese real último” (SCHEJTMAN, 2002: 212).

¹³ Véase el artículo “Encuentros del tipo real”, en Critchley y Marchart (2008).

¹⁴ No nos vamos a detener aquí en el profuso debate que han sostenido Stavrakakis y Laclau acerca de esta cuestión. Valga señalar solamente que el eje central de la discusión se refiere al papel que juega el goce y la dimensión afectiva en la vida política. Básicamente, se trata “de determinar si la relación entre lo simbólico y lo real, entre la representación y el afecto, entre el significante y la *jouissance*, es una relación de inminencia o de inmanencia” (STAVRAKAKIS, 2010: 121–2). Por nuestra parte, nos limitaremos a explorar algunos aspectos colaterales que hacen a la dimensión epistemológica de este problema.

Encaremos pues el problema de un modo distinto al que lo hemos hecho, considerando el carácter “abstracto-real” de las categorías que Laclau emplea en su análisis.

En su artículo “Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la construcción de lógicas políticas” (LACLAU et al., 2003), Laclau retoma el problema que hemos venido considerando en el presente trabajo. Sostiene que para adaptar las categorías del marxismo a las actuales circunstancias “será necesario redefinirlas y radicalizarlas en gran parte”, para lo cual propone “reemplazar el tratamiento puramente sociologista y descriptivo de los agentes *concretos* que participan en las operaciones hegemónicas por un análisis *formal* de las lógicas que implican estas últimas” (2003: 58). En la nota al pie de esa misma página, aclara respecto de esto último que:

(...) el análisis formal y la abstracción son esenciales para el estudio de los procesos históricos concretos, no sólo porque la construcción teórica del objeto es el requisito de toda práctica intelectual que se precie de llamarse así, sino también porque la realidad social misma genera abstracciones que organizan sus propios principios de funcionamiento.

Y agrega:

(...) cuando tratamos de explicar la estructuración de los campos políticos mediante categorías tales como 'lógica de la equivalencia', 'lógica de la diferencia' y 'producción de significantes', estamos intentando construir un horizonte teórico cuyas abstracciones no son abstracciones meramente analíticas sino reales de las cuales depende la constitución de identidades y articulaciones políticas (2003: 58).

Laclau sitúa claramente su análisis no en el nivel óntico (el campo de la construcción social y de la realidad política) sino en el nivel ontológico (la dimensión de antagonismo constitutiva de las sociedades humanas, el de *lo político*). Ahora bien, dos series de cuestiones se plantean aquí: la primera, ¿las abstracciones reales se generan en el nivel óntico o pertenecen al nivel ontológico? Parecería que, en tanto organizan los principios de funcionamiento de toda configuración particular de lo social, se encuentran en el nivel de la ontología; sin embargo, Laclau dice que es “la realidad social misma” (nivel óntico) lo que las genera; la segunda, ¿ocupan estas “abstracciones reales” un lugar en la teoría?, ¿pueden ser simultáneamente abstracciones “reales” y “analíticas”? Si esto fuese así, entonces Laclau estaría pasando por alto la distinción objeto real/objeto de conocimiento.

En (1992) Žižek, siguiendo a Sohn-Rethel, propone que la “abstracción real” no tiene nada que ver con la “abstracción-pensamiento” que tiene lugar en el “interior” del sujeto pensante, pero tampoco con el nivel de la “realidad”, de las propiedades efectivas de un objeto. La “abstracción real” –agrega– es impensable en el marco de la distinción fundamental althusseriana en la medida en que introduce en tercer elemento que subvierte el campo mismo de la distinción: el orden simbólico. Vale decir, la “abstracción real” sólo podría ser pensable tras la distinción lacaniana realidad (constituida por los niveles simbólico/imaginario)/Real.

Ahora bien, si asumimos que la realidad en todas sus diversas formas está construida socialmente, las abstracciones generadas por la realidad social tendrían el estatus de un montaje simbólico/imaginario, es decir, discursivo. Desde este punto de vista, no resultaría extraño que se confundan las abstracciones “reales” con las abstracciones “analíticas”, generándose una borradura entre epistemología y ontología. Pero también podemos sostener una interpretación diferente. Stavrakakis concede que en Laclau, *lo político* parece adquirir una posición paralela a la de lo real lacaniano: “lo político se convierte en una de las formas de encuentro con lo real” (2010: 114). Esto es interesante porque señala la necesidad de producir un discurso especial (el de la teoría política) para poder dar cuenta de una realidad prediscursiva (*lo político*). En ese sentido, podemos distinguir el proceso de producción de las abstracciones (reales) que organizan los principios de funcionamiento de la realidad social (que tendrían el estatus de un postulado implícito en las prácticas sociales, prediscursivo), del proceso de producción del objeto de conocimiento, en el que las categorías pensadas (“lógica de la equivalencia”, etc.), más que “reproducir las categorías

reales”, como planteaba Althusser, procuran dominar y simbolizar ese real imposible. Por supuesto, todo intento de simbolización está destinado al fracaso, de ahí que será necesaria una nueva adaptación de estas categorías cuando las circunstancias vuelvan a cambiar. Si esta interpretación es correcta, si Laclau mantiene efectivamente la distinción objeto real/objeto de conocimiento, ¿son atendibles las críticas de Stavrakakis a la concepción “omnímoda” de discurso?

Conclusiones

En este punto del análisis, intentaremos primeramente recapitular los resultados de nuestro examen desde el punto del desarrollo del pensamiento de Laclau. Si consideramos que Laclau parte del marxismo y, al criticarlo, “avanza” hacia un planteo posmarxista, entendemos que el rasgo de continuidad se deja ver en la necesidad de articular la reflexión teórica con la práctica política, mientras que la ruptura más notoria pasa por la reformulación del horizonte de la teoría, que pareciera subsumir las cuestiones epistemológicas en un marco ontológico.

La indistinción entre lo epistemológico y lo ontológico abre una serie de interrogantes, que hemos tratado de responder desde una posición que, de modo predominante, interpreta los desarrollos de Laclau en clave del ternario lacaniano. En ese marco, entendemos que ciertas críticas lanzadas sobre Laclau ameritan ser reconsideradas.

No obstante, y en un sentido más amplio, entendemos que el despliegue de nuestra argumentación es tan solo un punto de partida para posteriores reflexiones, en especial si se trata de pensar de qué modo la teoría de Laclau ha de articularse en el desarrollo de las ciencias sociales. David Howarth ha planteado un interrogante crítico similar, a lo cual Laclau ha respondido:

La primera y principal [crítica] es que me he concentrado en la dimensión ontológica de la teoría social antes que en la investigación óptica. Ahora bien, ésta es una acusación de la que me declararí culpable ciertamente, excepto que no la considero en absoluto una crítica. He ubicado mi intervención teórica en el nivel teórico y filosófico, y es en ese nivel en donde debe ser juzgada. (LACLAU en CRITCHLEY y MARCHART, 2008: 396-7)

Nuestro trabajo ha intentado mantenerse en el nivel de análisis en el que Laclau prefiere situarse, pero entendemos que la validez de una teoría requiere explorar sus consecuencias en el terreno de la “investigación óptica”. En ese sentido, y pensando desde el punto de vista metodológico, quizás valga como indicación lo que Laclau reconoce como sostenes principales de su ontología: el modelo lingüístico estructural –pero entendido en su no completad, y suplementado por la retórica– más los aportes del psicoanálisis (LACLAU en CRITCHLEY y MARCHART, 2008: 401-2). Queda por delante todo un trabajo de articulación.

Bibliografía

- CRITCHLEY, S. y O. MARCHART [comps.] (2008) *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*. Buenos Aires: FCE.
- FERRARIS, M. (2006) *Introducción a Derrida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- LACLAU, E. (1980 [1977]) *Política e ideología en la teoría marxista*. México: Siglo XXI.
- LACLAU, E. (2000 [1990]) *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- LACLAU, E. (2003) “Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la construcción de lógicas políticas”, en LACLAU, E., BUTLER, J. Y ZIZEK, S., *Contingencia, hegemonía, universalidad*, Buenos Aires: FCE.
- LACLAU, E. y Ch. MOUFFE (2010 [1985]) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: FCE..
- MARCHART, O. (2009) *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires: FCE.
- RODRÍGUEZ MARINO, P. y LOS AUTORES (2008) “Ideología, discurso, subjetividad. La reconfiguración de la problemática de la hegemonía en la obra de Ernesto Laclau”, en *Revista de Filosofía y Teoría Política* número 39: 31-51. La Plata: Departamento de Filosofía, FHCE, Universidad de La Plata.
- SCHEJTMAN, F. (2002) “Introducción a los tres registros”, en MAZZUCA, R., et al. *Psicoanálisis y psiquiatría: encuentros y desencuentros*. Buenos Aires: Bergasse 19.
- SCHUSTER, F. (2002) “Del naturalismo al escenario postempirista”, en *Filosofía y métodos de las ciencias sociales*, Buenos Aires: Manantial.
- STAVRAKAKIS, Y. (2010) *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Buenos Aires: FCE.
- ZIZEK, S. (1992) *El sublime objeto de la ideología*, Buenos Aires: Siglo XXI.